

A. PAREJA DIEZ CANSECO.—*El Muelle*. (1)

Con Alfredo Pareja Diez Canseco, la novela ecuatoriana del Guayas alcanza su mayor dignidad artística. Este escritor poderoso y dotado, singularmente, para la realización del gran relato, se ha apartado del campesino y del montuvio en «*El Muelle*».

Su prologuista Benjamín Carrión, la señala como una novela del trópico mestizo y estima que en ese medio es donde los nuevos escritores deben desenvolver sus observaciones y estudios de índole creadora.

Pareja Diez Canseco, supera a sus compañeros en algunas condiciones. No puede compararse a Aguilera Malta, el autor de *Don Goyo*, que es más poeta y envuelve a sus paisajes en una atmósfera lírica y emotiva superior. Se distingue también de José de la Cuadra, cuyos relatos son apenas bocetos descarnados de obras más robustas que aun esperamos.

Pareja es un novelista hecho y derecho. En «*El Muelle*» domina las facultades creadoras y supera a lo que conocemos hoy de la novela ecuatoriana, tan interesante en una promoción que ha producido un Icaza, un Fernando Chávez, un Gallegos Lara, un Gil Gilbert, un Aguilera Malta, un de la Cuadra.

La novela del Guayas se revela aquí con una fuerza realista y una emoción dramática que pocas veces hemos hallado en este instante de la intensa novela hispanoamericana. Pareja, parece haberse destacado por el hecho de constituir un viajero curioso y atento, un observador formidable que construye sus obras con recuerdos y notas de una existencia animada e intensa. Así lo demuestran su técnica y su estilo sobrio y sabio en detalles.

En «*El Muelle*» existen tres tipos que no se olvidan. Son

---

(1) Editorial Bolívar. (Quito). 1933.

María del Socorro Ibáñez, Juan Hidrovo y el contratista don Angel Mariño. La primera es una humilde y sufrida mujer del pueblo guayaquileño que sirve de empleada doméstica y de lavandera. El segundo, es un formidable mestizo que vive un tiempo en Nueva York donde se afina y pule hasta perder algunas de sus nativas condiciones. El tercero es un ejemplar muy americano de explorador que se aprovecha de todas las situaciones para el medro. Don Angel Mariño es un viviente símbolo de la rapacidad criolla, de la cuquería política y de la astucia que se repite en distintas estampas novelescas del continente.

El prologuista distingue entre el trópico mestizo de la costa y el trópico montuvio que describen De la Cuadra y Aguilera Malta. Juan Hidrovo es un hombre característico del trópico guayaquileño. Tiene la intrascendencia ante la vida del mestizo. También su imprevisión y su amor hacia la aventura. Este último aspecto lo identifica con algunos marineros y rotos chilenos, a quienes mueve la fiebre de los viajes y el espíritu ambulatorio.

Desde la primera página, Pareja Diez Canseco revela ser un auténtico novelista riquísimo en recursos. Combina en su libro dos notas: la escena intercalada que está muy distante del costumbrismo de otros novelistas americanos y el abundante diálogo fiel en reflejar los más genuinos aspectos del habla popular. Son admirables algunas conversaciones entre tipos azarosos: contrabandistas, vagabundos, huelguistas, comunistas y no conformistas de Nueva York.

El éxito técnico de este libro consiste en alterar el orden narrativo con recursos modernos que manejan los grandes novelistas como Conrad, Joyce o Dos Passos.

Por eso, la obra comienza en Nueva York donde Juan Hidrovo lleva una existencia miserable agudizada por la cesantía que dimana de la crisis naciente. Todavía las gentes alentaban

esperanzas de una mejora económica rápida. Aun había optimistas que esperaban una reacción saludable en los mercados.

En esa parte del libro, Pareja tiene dos aciertos de gran escritor: la escena del contrabando de licores en que se mezcla Juan Hidrovo; y el patético cuadro de la manifestación obrera disuelta, donde muere el venezolano Claudio Barrera.

La segunda parte de la novela transcurre en Guayaquil. Juan Hidrovo abandonó su patria y dejó en ella a su mujer María del Socorro. Esta lava y busca trabajo como puede, cuando terminan las remesas en dólares que le manda Juan Hidrovo. Entonces ella se entrega a la prostitución por obra de los recursos astutos de don Angel Mariño. Este personaje se destaca con aspectos repugnantes y sórdidos en que discurre el potente espíritu crítico de Pareja. Juan Hidrovo regresa y vive al lado de su mujer. Al comienzo la pasan medianamente. Después los coge a todos la tremenda palanca de la miseria. Aquí se yergue el gran símbolo del libro. Habrá nuevas facilidades para los obreros porque se construirá un muelle y en su construcción podrá ocuparse Juan Hidrovo.

Pero la fatalidad lo persigue. Mariño, para vengarse de María del Socorro que no le concedió más favores sexuales desde el regreso de su marido, despide a éste cuando lo identifica entre los ocupados en el muelle. Ahí despunta la crítica social y la intención de este libro. Guayaquil es eso: el muelle fiscal a cuya sombra viven tantos hombres obscuramente y en cuya reconstrucción se traman los sucios empeños políticos y los compadrazgos de los contratistas criollos.

Pareja ha evitado toda declamación por más que su simpatía se incline hacia el lado de los humildes. No es un marxista que teoriza, ni un revolucionario que desenvuelve puntos de vista. Es un sólido y sobrio expositor, cuya sabiduría consiste en callarse a tiempo y en presentar estas vivas escenas en su apretada emoción humana.

María del Socorro es uno de los más singulares tipos feme-

niños de la novela del trópico mestizo. Tierna y diligente, honrada y sumisa, esperanzada e ingenua, fanática e ilusa, en ella se pintan y reproducen todas las alternativas y fluctuaciones del alma mestiza. Su sensualidad es callada y animal, sus alegrías son efímeras, sus gozos pasajeros caen triturados por el implacable realismo de la vida. No hay misericordia en las cosas y los seres criollos viven una existencia de odios y de luchas en que el hombre es el lobo del hombre.

Pareja Diez Canseco no tiene sensiblerías ni se complace en modificar el curso sin misericordia del flujo vital. Por eso la novela termina con la derrota de Juan Hidrovo y de su mujer. Los ha vencido la dureza sin entrañas de Angel Mariño. Ellos no protestan y sus estampas forman un guiñapo junto a la corriente de la rivera. Por algo dice Pareja en la pág. 130 que la ecuatoriana es una raza inmóvil.

En este admirable libro hay mucho del fatalismo del trópico, de su derrotismo mestizo, de su sangrante tragedia. Impresiona más aquí por la objetividad maestra del novelista que nos evita las declamaciones y las sensiblerías tropicales.

Es un trópico diverso el que surge de la inteligente interpretación novelesca de los nuevos ecuatorianos. Ha desaparecido esa afrentosa manía de los crespos retóricos, de las adjetivaciones excesivas, sin el deslumbramiento del colorido que advierte Benjamín Carrión en el prólogo de «*El Muelle*».

El trópico surge afinado por una parte y con sus problemas sociales por otra, en estas nuevas novelas del Ecuador. Todas ellas se combinan y gradúan en una especie de retablo realista en que las delicadezas del paisaje se alternan con las honduras psicológicas y los caracteres bien tallados. Tampoco falta el humorismo, como en la pág. 97 de «*El Muelle*» donde hay unas graciosas sátiras al carácter colombiano sin extremar la nota hasta lo caricaturesco.

Como muestra de la sobriedad de la prosa de Pareja, copiamos la descripción de Juan Hidrovo (pág. 15): «Juan Hi-

drovo no era un sujeto feo ni mucho menos. Buena estatura, las espaldas anchas y, aunque las manos estaban endurecidas por el trabajo, eran largas y bien formadas. El cabello le caía ensortijado sobre las orejas, y unas grandes entradas en la frente le daban al rostro aspecto varonil y atractivo. Los ojos, negrísimos, y alba la dentadura. En su cara morena sobresalían los pómulos y la nariz aguileña. Su labio inferior, algo caído y grueso, decía de su temperamento sensual, y el otro, nervioso y delgado, era como una línea—expresión de voluntad—que se arrugaba en cuanto el enojo hacía brillar los ojos».

Así es esta recia y sugestiva obra. Toda ella está construída con la solidez que dan la fina observación y el estilo despojado de los floripondios de la retórica. Con «*El Muelle*» saludamos a una de las mejores novelas de Hispano América.—RICARDO A. LATCHAM.



FANTOCHES, por *Francisco Dibella*.

Claro y emocionado este primer libro del poeta argentino Francisco Dibella. Las corrientes novísimas de los «*imagineros*» no le han tentado, y dice sencillamente su canto humilde, con la alegría de cantar a la infancia perdida y a la mañanita con sol.

No hay en estos «*Fantoches*» (1) originalidad rebuscada ni el torpe desco de sorprender con innovaciones de forma o imágenes estrafalarias. Son canciones diáfanas, vestidas sólo de emoción y de sencillez.

Es el mismo jardín donde otras veces  
en su penumbra que a soñar convida  
vine a tejer los sueños de mi vida  
y balbucí mis salmos y mis preces.

---

(1) Editorial Kirya.—Buenos Aires. 1934.